

de sus propios pensamientos. ¿Cómo no blasfemaré de las verdades de la fe el ingenio tardo y limitado que halla dificultades en todo, y á quien su amor propio ha persuadido que el defecto de su inteligencia es el término de la posibilidad?

Pero el que pueda alcanzar á ver cómo todas estas verdades misteriosas se corresponden entre sí con la mas arreglada armonía; cómo todas dependen de un mismo designio profundo y eterno; cómo todas en el concierto y conexión que recíprocamente las enlaza, presentan el conjunto mas magestuoso, magnífico y sublime; en fin, el que en el seno mismo de sus impenetrables abismos puede divisar los brillantes resplandores que arrojan en los asuntos que nos importan mas saber y conocer, este estará obligado á confesar que esos mismos misterios que estan tachados de oscuros, disipan otros nublados que fueran mucho mas espesos, otras nieblas que confundieran mas á la razon, y trastornaran mas su reposo, y concluirá por reconocer que la verdadera filosofía no se puede hallar mas que en la religion misma, en que se hallan las virtudes verdaderas.

¿Qué es la religion, sino el complemento, el último grado, la plenitud, la suma total de cuanto el hombre naturalmente busca para su felicidad y perfeccion? Este es su objeto, su intencion, su deseo, y todo esto no define por entero la incomparable excelencia de su ser.

Que se nos presente, pues, otro sistema que sea tan profundamente concebido y tan sabiamente combinado; que se nos indique otro plan que su ponga un conocimiento tan completo de la naturaleza humana como el del cristianismo: este es el único entre todos los conocidos que demuestra y justifica la tendencia y propension del corazon humano á ser feliz é indestructible. La infinidad de los deseos del hombre ne puede cumplirse ni lograrse en ningun otro sistema de filosofía. Jesucristo es el solo que nos puede traer esperanzas proporcionadas á nuestra capacidad de gozar, y á nuestro insaciable deseo de extendernos é introducirnos en la interminable duracion del infinito.

La magestuosa inmensidad de este plan es la que da á nuestros libros sagrados un carácter tan distinguido de superioridad sobre todas las producciones del espíritu humano. Ni los antiguos ni los modernos han sabido jamas producir nada que se acerque á la abundancia, solidez y elevacion de las sagradas Escrituras. Y no solo los literatos religiosos reconocen en ellas un fondo de substancia y riquezas, que no se hallan en otra parte; pero todo hombre de gusto serio y de ingenio profundo, sean los que fueren sus demas principios; todo espíritu elevado que ame los objetos grandes, la energia y la opulencia de las ideas; todo orador que busque las riquezas de la elocuencia verdadera; todo filósofo que indague

la naturaleza del hombre, sus necesidades y remedios; todo poeta que aspire á exaltarse elevando su imaginacion á grandes sucesos, á magníficas pinturas; en fin, toda alma sensible y tierna, que se deleita en el interes con que la mueven los sentimientos patéticos, delicados y vivos; todos los lectores reflexivos y dotados de un juicio sano admiran y reconocen con delicioso placer los ricos tesoros que se esconden en estos libros asombrosos.

El espíritu fútil y ligero es el que no puede traslucir su precio entre las formas antiguas de que está revestida su superficie; no tiene bastante perspicacia para penetrar que este oro puro no es ménos precioso, por hallarse incrustado en materias sencillas, y que estas, léjos de quitarle su valor, manifiestan la rica mina en que ha nacido. Cuántos hombres naturalmente limitados ganando una victoria á la naturaleza, se han hecho grandes con el solo esfuerzo de meditar y practicar la religion! Pero no se me citará ni hombre grande, ni hombre bueno, ni filósofo respetable entre los incrédulos. Lo que llega al público del carácter y de la conducta de estos sabios, cuando no es escandaloso, es á lo ménos equívoco; y yo aseguro que su gloria no ganaría nada en que se publicasen las circunstancias secretas de su vida.

Será siempre una terrible presuncion contra los incrédulos ver que hasta ahora no se haya conoci-

do uno cuyas virtudes morales hayan parecido en el mundo con este grado sobresaliente y heróico, que deja la idea de una probidad intacta, constante, rigurosa y delicada, cuyo fruto es la veneracion pública; estas virtudes, en fin, que producen un nombre inmortal, que una nacion entera, y aun el mundo todo pronuncia con amor y con respeto. Yo no confundo la celebridad que dan los grandes talentos con el amor y reverencia que no se da sino á las grandes virtudes.

Todo el mundo conoce ó ha oido hablar de Voltaire, Rousseau, Alembert, Reynal, Diderot, Hume y otros filósofos de nuestros dias. He visto, señor, por lo que os he oido, que estimais algunos de ellos, y yo respeto vuestra opinion: ni mi objeto ni mi gusto es hacerme censor de su conducta; pero quisiera preguntaros, ¿cuál de ellos ha dejado un nombre tan amado y venerable como el filósofo fray Luis de Granada, como los filósofos Bossuet, Fenelon, Bourdaloue y otros muchos de esta especie? A pesar de cualquiera ventajosa opinion que podais tener de los talentos de los primeros, me parece que me confesaréis que los últimos han sido incontestablemente mas hombres de bien: no hay remedio, todos sentimos en lo íntimo de nuestro corazon las impresiones diferentes que nos producen estos nombres.

Otra reflexion aun mas urgente es, que los sistemas de la falsa filosofia de este tiempo tienen

de ordinario por patronos hombres sin principios, sin costumbres, sin decencia, y tal vez sin honor. Parece que la filosofía es el asilo á donde se refugian los vicios; porque solo en su recinto pueden existir sin oprobio, como que allí ninguna especie de depravacion desacredita. Esta circunstancia es terrible, pero no es posible obscurecerla, porque es un hecho que subsiste, que está á la vista de todos, y que seria muy fácil demostrar á los que no siguen la corriente del mundo.

Lo que sobre todo acaba de poner en claro la malignidad de este espíritu de irreligion es, que sus partidarios no pueden negar ni dejar de avergonzarse, viendo cuántos de entre ellos se han servido de esta falaz filosofía para multiplicar sus vicios y delitos. Esta consideracion sola debiera bastar para alejar de ella á todo hombre de honor. ¿Cuántas veces los secuaces de esta secta se han avergonzado unos de otros? ¿Cuánto les pesara ser conocidos en el público por lo que son y por lo que entre sí conocen ellos mismos!

Pero abandonemos esos infelices á la edad, á las enfermedades, y sobre todo á la misericordia divina. Ya os dicho, señor, que he conocido á muchos, que he tratado con algunos de ellos. Yo no he visto ninguno que estuviese sinceramente persuadido, convencido ó seguro de sus sistemas, y he visto pocos que cuando la edad ha debilitado sus pasiones, no abrazasen y siguiesen doctri-

nas ménos temerarias. Aquellos á quienes el cielo concede larga vida, pocas veces resisten á los impulsos de una razon ya calmada y tranquila, y si resisten en apariencia algunos, son estos los corifeos, ó sea aquellos que han adquirido alguna utilidad, y por orgullo no se retractan.

Peró yo he visto muchos convertidos de su ceguera, y avergonzados de su antigua depravacion; su temeridad se habia transformado en una continua reserva, y sus sarcasmos en un silencio respetuoso. He conocido otros que iluminados por una nueva luz, eran tan celosos defensores de la verdad, como habian sido sus intrépidos enemigos, y reparaban con una conducta penitente los escándalos de su impiedad. Pocos he visto que á la hora de la muerte no hayan sentido todos los tormentos de la perplejidad, todas las angustias del remordimiento, y que al fin no se determinasen al partido mas seguro.

Sin duda que ha habido algunos que aun en aquellos momentos en que se cierran todas las esperanzas de la vida, muestran no querer abjurar sus errores, y mueren con la falsa idea de sostener una gloria infeliz, que creen aumentar con su terquedad; pero estos son pocos ejemplos que Dios quiere darnos, negándoles sus auxilios, para que veamos hasta dónde puede llegar nuestra ceguera cuando él nos abandona, y que temblamos de la severidad de su justicia.

La mayor parte y muchos de los mas famosos de aquellos mismos que en su vida con sus acciones y sus libros dieron mas escándalo y ostentaron mas la irreligion, mudaron de opinion y de conducta, sobre todo á la hora de la muerte. Yo pudiera citar muchos, vos lo sabréis de algunos, y los libros estan llenos de estas noticias; lo único que os diré es, que en mi juicio Voltaire, patriarca de todos, tal vez hubiera hecho lo mismo, si su desgracia no le hubiera traído á terminar sus dias en Paris. El hecho es que en Ginebra se halló dos veces diferentes, y con largo intervalo, en peligro de morir, y que las dos veces hizo venir un sacerdote, con quien se confesó y con quien se disponia á morir como cristiano. ¿Quién sabe si la tercera hubiera hecho lo mismo? Pero los filósofos que en Paris rodeaban el lecho de su muerte, cerraron la entrada á todo socorro religioso. No fué dueño de sí para tomar un partido, y la ira del cielo descargó el golpe fatal; llegó cuando él lo temia ménos.

Pero dejemos esto á los juicios de Dios, que son inapeables, y según ellos castiga algunas veces á los incrédulos abandonándolos á un sentido réprobo en pena de sus escándalos y pecados precedentes. Nuestra obligacion es compadecer los incrédulos miétras viven, y pedir por ellos que se conviertan, y no mueran impenitentes. Un ce-
lo amargo no es cristiano, y es mas capaz de irri-

tar que de persuadir. La misma religion no quiere ser establecida con violencia; no permite á cada particular mas que la dulzura de la persuasion; no nos deja otras armas que la fuerza de la palabra, el poder del ejemplo, el fervor de la oracion y el atractivo de la virtud. Si la cólera del celo quiere encenderse contra la obstinacion del incrédulo, debe templarse con las aguas de la caridad y quietarse en las providencias de la Iglesia.

Pero mi intencion, señor, en todo lo que acabo de deciros, es haceros ver los peligros que hay en alistarse en las banderas de esta fatal filosofia, y mucho mas en declararse públicamente su secuaz. Hay otra filosofia verdaderamente sublime, sana y segura, hija de la religion y madre de la virtud; ella es incómpatible con el vicio, pero eso mismo acredita que es la buena, que es la verdadera, y que viene de Dios. Esta filosofia es tan conforme á la razon y tan útil á la sociedad, que hasta sus enémos se ven forzados á confesar, que sus preceptos son muy superiores á los que dieron los mas sabios filósofos de la antigüedad.

En efectó, señor, si os dignais un dia de permitirme que yo os la explique, veréis que toda ella es dulzura, beneficencia y amor; veréis que el Evangelio impone alguna severidad al que le practica, porque le precisa á reprimir sus propias inclinaciones, cuando son viciosas; pero que esta severidad es moderada, que no impide la dulzura

de la vida, y que la hacen muy tolerable la costumbre, la esperanza y los auxilios de la gracia. Y veréis mas, que este ligero yugo, que se impone á cada uno, cede en beneficio de todos, que no está impuesto sino para este fin; pues que la boca divina, que ha ordenado moderar ó contener el orgullo, la avaricia, la impureza, la cólera y las demas pasiones que desordenan el corazon, no lo ha mandado sino para que de la sujecion particular de cada uno resulte la paz, la concordia, el buen órden y la felicidad de todos.

Esta filosofia no enseña mas que el candor, la verdad, la buena fe, el perdon de los enemigos, la beneficencia, el sacrificio propio por el bien del prójimo, la fidelidad, la buena correspondencia; en fin, todas las virtudes que puede ejercitar el corazon. Considerad, señor, que no hay ni puede haber otra filosofia verdadera que la que puede hacer mejores á los hombres, la que les instruye á domar sus pasiones, la que les inspira amor á la virtud y horror al vicio. Que por el contrario en esa falaz filosofia el hombre desconoce á Dios para vivir á gusto de su fantasía. En todas las demas religiones le sirve como esclavo, y únicamente por interes. Que en solo el cristianismo le sirve tambien por amor, y que los cristianos son como los buenos hijos que aman á un buen padre. ¡Ay, señor! es menester ser buen cristiano para ser filósofo perfecto.

Observad como desde que el Evangelio apareció, todas las filosofias de los gentiles se extinguieron. Los historiadores convienen que en el sexto siglo de la Iglesia ya no habia quedado rastro de aquella filosofia estéril, que nadie pensaba mas en seguir las huellas de Platón ni de Epicuro. Y la razon es clara: el Evangelio habia derramado mas luz, y habia en poco tiempo instruido mas á los hombres, que pudieron hacer en muchos siglos los ejercicios del Portico y del Liceo, y por eso á medida que el sol del Evangelio se extendia, todá aquella falsa iluminacion se apagaba. Un niño cristiano sabia ya mas que todos los sabios de la Grecia.

Señor, el hombre justo es el mejor filósofo, el mas virtuoso es el mas sabio. Ciencia desdichada lo que no analiza sino para dudar. ¡Triste afán el de estar siempre apartando la vista para no ver la verdad, y el de cerrar los ojos cuando ella se presenta! ¡No es mas dulce creer y someterse! ¡Qué trabajo tan rudo y miserable es el de estar resistiendo continuamente á los impulsos del temor! ¡Y qué consuelo, qué bienaventuranza es vivir persuadido, y seguir con fidelidad la luz que nos alumbra! Este es el estado del filósofo cristiano, porque su misma ley le ordena la tranquilidad del espíritu y la confianza del corazon. Todos los instantes goza de lo que desea. Ni el dolor le abate, ni el disgusto le turba, porque reci-

be las penas como favores de la Providencia; se las ofrece con un sentimiento de amor, espera que le dará fuerza para tolerarlas, y cuanto son más vivas se consuela más, porque sabe que serán más meritorias.

Si puede haber en la tierra felicidad, solo puede sentirla el que siempre puede gozar del objeto que ama; que desprecia todo lo que le aleja ó desvia de este objeto; que no se ocupa más que en la consideración de su hermosura; que le dirige cuanto dice y hace, y hasta lo que piensa y desea; que ama y adora sin zelos, sin inquietud y sin temores; que transforma sus penas en placeres, porque las mira como medios de agradarle; en fin, que goza ahora en cierto modo, y espera gozar presto más, para nunca dejar de gozar. Esta es sin duda una gloria anticipada.

Vos me diréis, que esta es una ilusión y una embriaguez. No examinemos ahora esto, y después de tantas pruebas que os he dado de la verdad de la religion, sería demasiado decir. Pero supongamos un instante que lo sea; pues que ahora no hablamos más que de la filosofia, me debeis confesar por lo ménos que esta es mejor, y que debe ser preferida, pues su embriaguez produce una felicidad tan real y efectiva.

Me parece, señor, que un espíritu tan justo y elevado como el que os veo, no puede dejar de conocer la excelencia y superioridad de la filosofia

del Evangelio, si se aplica á leerle. Y espero también que Dios os habrá dotado de un corazón noble y bastante amigo de la verdad, para que cuando vuestra razón la perciba, se haga una gloria de rendirse y confesarla. O me engaño mucho en la idea que he formado de vos, ó vos desdenaréis los miserables subterfugios de que la mala fe se sirve para evitar la confesión sincera de su convencimiento. Me figuro que esta falsa vergüenza es indigna de vuestro carácter franco y verdadero.

Siendo así, yo no os pido más que dos cosas: una, que leáis el Evangelio con reflexión y seriedad; otra, que examineis muy de cerca la vida y conducta de aquellos que se sujetan á sus leyes, de aquellos que profesan su observancia, y la siguen con regularidad y exactitud; que compareis á estos discípulos sencillos de Jesucristo con los más ilustres de vuestros incrédulos, con esos ingenios que habeis estimado tanto, con esos amables amigos que tanto os han divertido. Cotejad las costumbres, las calidades y las virtudes de los unos y los otros; y después de este exámen yo abandono la decisión á vuestro juicio; yo quiero que vuestra conciencia sea el único juez de este debate.

Vos me diréis entónces, ¿á quién en una ocasión difícil y estrecha daríais por preferencia vuestra confianza? ¿sí al cristiano temeroso de Dios, ó

al filósofo incrédulo? ¿A cual de los dos haríais mejor una muger querida, ó una hija inocente y sencilla? ¿A cuál daríais mejor en depósito vuestro tesoro? ¿A cuál confiaríais con ménos temor un secreto de que dependiera vuestra vida y la de vuestra familia? En fin, ¿a cuál de los dos en el momento de la muerte quisiérais que se hubiera parecido vuestra vida?

Vos me diréis tambien, ¿cuál de los dos tiene sentimientos mas justos y principios mas honrados? ¿Cuál será vasallo mas fiel, mejor padre, hijo mas obediente, esposo mas fiel, amo mas compasivo, bienhechor mas desinteresado y amigo mas seguro? ¿De cuál se puede esperar mas caridad, mas celo y mayores sacrificios? En fin, si la filosofia consiste en buscar la verdad y amar la virtud, ¿cuál de los dos os parece mas ó mejor filósofo en toda la fuerza y extension de este nombre? Si no opinais en favor de los cristianos, será menester que digais, que la mayor cordura y la felicidad mas sólida no entran en la composicion de la filosofia, pues que los mas justos y mas felices de los hombres no son los mejores filósofos.

Pero aunque nõ dudo que despues de este exámen no pudiérais dudar de la verdad, sé tambien que no basta conocerla para amarla, y ménos para seguirla. Ya os he dicho que entre la razon y el corazon hay un espacio inmenso, y me hago cargo de todas las dificultades de vuestra situacion. Yo

conozco demasiado el mundo en que vivis, el ascendiente de los hábitos y la tiranía de las pasiones, para esperar que la simple exposicion de algunas verdades austeras y graves pueda desde luego conducirnos á las costumbres serias del Evangelio. No ignoro que hay muchos que estaban tan léjos como vos de la senda de la religion, cuyo corazon se mudó en un instante; pero estos son golpes extraordinarios del cielo, sobre que no se puede contar, y que vienen de aquel poder inescrutable que se digna de asombrarnos algunas veces con milagros.

Lo mas comun es que los hombres que han pasado mucho tiempo en el desórden, y que estan bien quistos con el desahogo y la licencia de sus pasiones, trabajan para atolondrarse, y no dejan toda la entrada á la luz porque los lastima la verdad. Si por acaso la religion les presenta sus magestuosas y terribles imágenes, sienten una impresion que los estremece; pero las del mundo la disipan presto, y cuando mas producen en el corazon un sentimiento confuso, una idea vaga de examinar esto un dia mas despacio, y á lo largo tomar un partido; pero este dia pocas veces llega. Se pasa la vida en la ilusion de las pasiones insaciables que se renuevan sin cesar; se lucha continuamente contra su propio temor, contra la evidencia de sus errores, y al fin se acaba sin haber tomado jamas este partido.

No permita el cielo que vos seais de este número desgraciado, y yo espero que un día su gracia moverá vuestro corazón; pero como el momento depende de su bondad, entretanto que os hace este favor inestimable, solo quisiera daros un consejo, y es que no añadís á la desgracia de haber abandonado la virtud el delito de atropellar y escarnecer la verdad. Que si sois bastante débil para no querer obedecer á la severidad de la ley, seais bastante justo para reconocer vuestra flaqueza, para llorar vuestra miseria, y para respetar una religion que seria la mayor desgracia no implorar un día, una religion que podrá en su seno consolaros del dolor de haberla profanado con vuestras costumbres. ¿No es bastante que se haya corrompido el corazón? ¿Por qué querer tambien que el entendimiento sea cómplice de la voluntad, y agravar la depravacion del alma con todo el horror de la irreligion?

Jamas la incredulidad ha podido tentar al que tiene costumbres inocentes y puras; y es la última prevaricacion del orgullo pretender que sus perversas y bajas inclinaciones, sus vicios odiosos y viles quieran formar un sistema de razon y de filosofia. ¿Qué! porque un hombre no sabe ser casto, moderado ó decente, porque no resuelve domar sus desordenados apetitos, porque no quiere sujetarse á ninguna ley, ¿será menester que maldiga el cielo y la tierra, que ultraje al Evan-

gello, que blasfeme de Jesucristo, que desprecie la fe, y que excuse su deplorable corrupcion con el horrible estilo de la impiedad?

Esto es perderlo todo á un tiempo, es no contentarse con sacrificar la tranquilidad y la dulzura de una vida inocente, sino querer quitarse hasta la esperanza de convertirse un día, y por lo ménos la de morir implorando la misericordia, y adorando la virtud. ¿Qué ferocidad es, señor, la de contratar en presencia del público la obligacion de rechazar la fe hasta en el lecho de la muerte, y querer que el mundo entienda que el último suspiro es tambien la última expresion con que se renuncia á Jesucristo y sus promesas! Pues qué, ¿no es posible ser débil ó frágil sin desertar de la religion de nuestros padres, y sin buscar en las tinieblas de una filosofia odiosa y desesperante un refugio á las disoluciones?

¿Por qué ya que en este naufragio se pierde la virtud, no se procura salvar á lo ménos el respeto de la religion, la estimacion que se debe á los que la practican, y la preciosa esperanza de poder un día ser virtuosos? ¿Qué puede compararse á la pérdida de la inocencia? ¿Cómo se creeria que este no era el mayor de los males, si no hubiera el otro de ni siquiera esperar, que alguna vez se podrá recobrar este tesoro, y que sin este recobro no es posible jamas ser justo ni feliz? ¿Qué furor tan loco es, porque una parte está cor-